

las peculiaridades que encierra la sociedad púnica, sin olvidar las características propias de la administración y la milicia, los aspectos ideológicos (la religiosidad púnica) o artísticos (literatura, artes plásticas...).

Este análisis global de la historia de Cartago se lleva a cabo a pesar de la escasez de documentación escrita, procedente por otra parte de sus enemigos tradicionales, griegos y romanos, por lo que sin duda se vería sesgada por los intereses de ambas poblaciones.

En cualquier caso sobresale la caracterización de los cartagineses como un pueblo de navegantes, mercaderes y guerreros.

*Narciso Santos Yanguas*

S. LANCEL, *Cartago*, Editorial Critica, Barcelona 1994, 434 pp.+ 249 fgs.

El presente trabajo es una traducción de la obra francesa que con el mismo título fue publicada por la Librairie Arthème Fayard de París hace un par de años y constituye un compendio de los últimos resultados de la investigación, arqueológica sobre todo pero también histórica en general, añadiéndose el hecho de que su autor ha sido el Director de las excavaciones más fructíferas llevadas a cabo en el emplazamiento de la ciudad cartaginesa en los últimos años.

Como paso previo para la descripción de la realidad histórica de Cartago hay que constatar las características que encierra la expansión de los fenicios en Occidente, sobre todo si tenemos en cuenta su vinculación directísima con la fundación de la nueva ciudad (pp. 11-44).

En relación con esta problemática hemos de tener en cuenta la tradición escrita y su crítica, así como los datos arqueológicos y el espacio histórico ocupado por los fenicios, que se extendería desde Chipre hasta las Columnas de Hércules. Es en este contexto en el que se comprende la presencia de dicho pueblo en territorio hispano y la configuración y desarrollo del Imperio tartésico, así como su expansión más allá del Estrecho de Gibraltar (Lixus, Útica...).

Con respecto a la fundación de Cartago existe una tradición alta y otra baja, aceptándose comúnmente la fecha del 814 a.n.e.; en cualquier caso el mito de dicha fundación no concuerda con la realidad que ofrece el terreno (básicamente las necrópolis arcaicas y el tofet), lo que conduce a unas dataciones cronológicas más o menos precisas.

El nacimiento de Cartago iba a dar origen a un proceso de configuración de dicho centro urbano a lo largo de una serie de etapas hasta los inicios del siglo VI a.n.e.(pp. 45-82). La primera época estaría marcada por el paso que se produce desde el primitivo enclave representado por la colonia tiria hasta su conversión en metrópoli africana.

La Cartago arcaica se vincula ya con la colina de Byrsa y los primeros restos de necrópolis en la periferia del habitat; a este respecto las últimas investigaciones sobre el poblamiento más antiguo apuntan a que, desde mediados del siglo VIII, el emplazamiento más antiguo de la ciudad se desarrollaría muy cerca de las necrópolis arcaicas, y de forma especial entre el mar y la mencionada colina de Byrsa.

Por su parte de la arqueología funeraria se desprenden una serie de enseñanzas: no sólo nos permiten conocer la tipología de las tumbas sino también las peculiaridades propias de los ritos y ajueres funerarios, así como las características de objetos tan significativos como máscaras y terracotas, escarabeos y amuletos, joyas y marfiles...

Con estos antecedentes en el capítulo tercero (pp. 83-108) se analizan los elementos que van a configurar la formación del Imperio cartaginés, tomando como base la presencia de fenicios y griegos en el occidente europeo a finales del siglo VII a.n.e.

Los establecimientos púnicos en el Mediterráneo occidental (Cerdeña y las relaciones con el mundo etrusco, la isla de Ibiza y los contactos con los iberos...) explican la concertación del primer tratado entre Cartago y Roma (finales del siglo VI). Mención aparte merece la Sicilia fenicia y púnica, así como el descubrimiento de Africa por parte de los cartagineses como resultado de su expansión territorial (tiene cabida aquí la presencia de los "altares de los filenos" y la colonización del Africa libiofenicia, así como de la fachada norlitoral al oeste de Cartago).

Este proceso descubridor se amplía por los alrededores del Estrecho de Gibraltar (las famosas Columnas de Hércules) y más allá del mismo, insertándose en dicho contexto el periplo de Hannón, con los problemas vinculados a la documentación del mismo, los pormenores del viaje llevado a cabo por este personaje y su significado.

A lo largo del apartado siguiente (pp. 109-129) el autor pasa revista a los instrumentos que definen el poder de Cartago, partiendo de lo que supone el paso desde la talasocracia fenicia al desarrollo del Estado cartaginés. La primera fase de la historia política de dicho Imperio vendrá definida por la presencia de los Magónidas y su evolución hacia la oli-

garquía, manifestándose entonces las características propias de la "realeza" púnica.

Por ello en el siglo IV Cartago nos ofrece la imagen de una República aristocrática, cuya "Constitución", que aparece reflejada en el libro II de la *Política* de Aristóteles, aunque no recoge lo que parece haber sido la magistratura suprema del Estado púnico, los sufetes, constituye la base. A partir de ahí se entiende lo que se ha dado en llamar "evolución democrática" dentro de un orden, en el que participaban los ciudadanos cartagineses integrados en el ejército.

De cualquier forma Cartago se identifica con el Imperio del mar y en ello va a radicar precisamente su grandeza; de ahí que dispusiese no sólo de naves de transporte (mercantes) sino también de barcos integrados en la marina de guerra, como nos documenta claramente el pecio de Marsala.

Este desarrollo (económico-comercial y militar) conllevaría una evolución urbanística en Cartago desde el siglo V hasta el momento de su destrucción por Roma (año 146 a.n.e.) (pp. 130-181). El emplazamiento más antiguo, que giraría en torno a la colina de Byrsa, parece haber contado, además de con necrópolis de la fase más primitiva, con zonas de talleres metalúrgicos y una incipiente región portuaria.

Sin duda la mejor conocida, desde el punto de vista urbanístico, es la Cartago de la última fase (desde las Guerras Púnicas a su destrucción), en cuyo caso los ejes de desarrollo se amplían en torno a la colina de Byrsa, al tiempo que se consolidan los puertos, el tofet, el ágora y un muro frente al mar. Finalmente el urbanismo arquitectónico correspondiente a los momentos finales de la Cartago púnica cuentan, como exponente más significativo, con el denominado "barrio de Aníbal" en el emplazamiento de Byrsa.

La organización de las unidades de habitación (viviendas) viene definida por la existencia, en el interior de las manzanas de casas, de una planta que se va adaptando con ciertas variantes en todas ellas y que cuenta con cisternas, conducciones de agua y desagüe en el entramado urbanístico (el esquema se repite, al menos en parte, en las instalaciones comerciales y artesanales del barrio púnico de Byrsa).

Tal vez lo que mejor define a la ciudad de Cartago sean sus puertos: al igual que otros muchos centros urbanos del mundo antiguo nos hallamos ante una ciudad que vivió por y para el mar. En nuestro caso hay que distinguir entre el puerto circular (o de guerra) y el mercantil,

que dispondría además de un antepuerto, unidos entre sí por medio de un canal que los ponía en comunicación.

Sin duda uno de los aspectos más llamativos de la cultura cartaginesa es el vinculado al mundo religioso (pp. 182-238), en el que, por lo que se refiere al objeto de culto, hemos de distinguir un panteón de raigambre fenicia, en el que sobresalen Baal-Hammón, Tanit y Melqart, sin olvidar las famosas divinidades del "juramento de Aníbal".

Por lo que se refiere al clero hemos de contar con la presencia de un sacerdocio, al parecer muy abundante, que practicaría una liturgia bastante rígida. Los lugares y prácticas de culto, por su parte, se oficiarían en un conjunto de recintos sagrados, que abarcaban templos y capillas (como la "capilla Carton" o la llamada "capilla del Espino" de Zaroura, en las proximidades de Thizika).

La muerte, en el contexto de las creencias cartaginesas, parece haber ocupado un espacio significativo, de acuerdo con lo que se deduce ya de la presencia masiva de amuletos y figurillas de terracota hallados en las tumbas de época arcaica. A este respecto el ritual de la incineración, a pesar de ser minoritario, coexistiría con la práctica de la inhumación ya desde los primeros momentos de la historia de la ciudad (simultáneamente en el ámbito púnico cercano se observan indicios de una verdadera escatología a través de algunos elementos de la iconografía funeraria).

Un capítulo aparte merecen los sacrificios rituales en el marco de la religiosidad púnica, destacando en primer lugar la importancia del tofet de Cartago y su vinculación con los sacrificios infantiles. Las sucesivas excavaciones llevadas a cabo en dicho área de sacrificio al aire libre (campañas de F. Icard y P. Gielly; F. Kelsey y D. Harden; y P. Cintas) condujeron al descubrimiento de la "capilla" y el depósito fundacional, completándose dicha panorámica con las investigaciones más recientes patrocinadas por la Unesco (atención preferente al análisis interno de los depósitos votivos).

Sin embargo, los interrogantes siguen planteándose todavía con respecto a la realidad concreta de lo que suponía el sacrificio *molk*: a partir de las referencias de Diodoro de Sicilia, y de otros autores anteriores (Clitarco o Plutarco), no sabemos si el niño sacrificado estaba vivo o muerto cuando era colocado sobre las manos de la estatua divina, desde donde caía hacia la hoguera.

A renglón seguido el autor analiza lo que denomina "el anclaje africano" (pp. 239-280), que no supone más que los parámetros propios

del afianzamiento del poderío cartaginés en Africa. Como paso previo hay que contar con la conquista del suelo libio, que supondría la consolidación de un hinterland africano por parte de los Magónidas.

Este territorio administrado por Cartago, con sus subdivisiones correspondientes (*pagi*), nos es conocido solo parcialmente hasta su configuración definitiva a partir del siglo IV, disponiendo de una serie de defensas territoriales, prelujiendo un poco lo que iba a suceder con Roma desde comienzos del siglo II (protección por medio de una frontera fortificada del suelo africano por el sur y el oeste).

La campaña cartaginesa (constituida por el dominio territorial sobre más de la mitad de la actual Túnez por parte de Cartago), abarcaba igualmente las comarcas más fértiles de Tabarka y las regiones boscosas de Khroumirie, hasta alcanzar los olivares y las explotaciones de los bancos de pesca de Sfax. Posiblemente se aplicó, con respecto a los ocupantes libios de dichas tierras, una fórmula similar de explotación a la que iba a ser utilizada posteriormente por los grandes latifundistas de época romana con relación a los nativos romanizados.

La agronomía púnica cuenta con unos orígenes muy antiguos, que se atribuyen a Magón, a pesar de que algunas indicaciones que aparecen en los agrónomos latinos (como Columela por ejemplo, se refieren a la poda de las plantas, incluidas las vides, o al empleo de abonos y fertilizantes.

En cualquier caso la presencia de fincas rurales (*latifundia*) conduciría a la necesidad de recurrir a aparceros y obreros agrícolas de condición libre, sin excluir la presencia de abundantes esclavos. Como ejemplo de algunas de estas regiones explotadas agrícolamente contamos con Kerkouane, centro agrícola en cabo Bon, o el Sahel púnico, o el caso de Smirat.

A continuación el autor nos descubre la identidad cultural púnica, a la que califica de ambigua como consecuencia de su existencia entre dos mundos, el oriental y el occidental (pp. 281-327). Estos parámetros culturales, de raigambre fenicia, y en no menor medida griega (pero al fin y al cabo orientales), se descubren en la arquitectura púnica, fundamentalmente en los ejemplos de carácter funerario, como los mausoleos y las estelas (de la misma manera tenemos manifestaciones de los diferentes órdenes arquitectónicos, acoplados a la realidad socio-política cartaginesa).

Por su parte la escultura púnica deja bien a las claras todo tipo de influencias helénicas en obras de cuño cartaginés, especialmente las rela-

cionadas con el arte funerario; a este respecto tanto las estelas como los bronce grabados rezuman un matiz de helenización, que se hace ostensible de forma especial en la decoración de dichas piezas.

Este nivel de influencias se amplía igualmente al campo de las terracotas, que los fenicios occidentales practicarían con profusión junto con las cerámicas (recordar las figurillas de Puig dels Molins en Ibiza por ejemplo).

Por último en el campo cultural Cartago recibiría de su metrópoli, además de un panteón de divinidades y sus cultos respectivos, el mejor signo de su identidad, la lengua, con el alfabeto correspondiente, que se encargaría de difundir por todo el occidente mediterráneo.

Sin embargo, en el desarrollo de este Imperio de los cartagineses iba a aparecer una nueva potencia, representada por Roma, que acabaría por cercenar todos los logros (económicos, políticos y culturales) de aquéllos (pp. 328-356). Ya la primera Guerra Púnica supondría no sólo la pérdida de Sicilia, baluarte de Cartago en el Mediterráneo, sino también la presencia romana en Africa a través de la expedición de Régulo.

La batalla naval de las Islas Égades constituiría un duro golpe para la marina cartaginesa y la aceptación de unas cláusulas deshonrosas para el Estado púnico ("paz de Lutacio"). La posterior sublevación de los mercenarios en Africa (la famosa "guerra inexpiable") estuvo a punto de dar al traste con el Imperio cartaginés; sin embargo, la actividad desplegada por los Bárquidas en la Península Ibérica aportaría suficientes recursos no sólo para poder abonar las multas impuestas por Roma sino también para recopilar suficientes hombres y dinero con vistas a proseguir la guerra contra el enemigo.

Se comprende así el inicio de la guerra de Aníbal (Segunda Guerra Púnica) con el episodio de Sagunto y el trasfondo del Tratado del Ebro de por medio. Las fases sucesivas de la misma arrancan desde la marcha de Aníbal desde *Cartago Nova* hasta el valle del Po (tras atravesar el Ebro, los Pirineos y los Alpes) y las sucesivas victorias en territorio itálico, que desembocan en la batalla de Cannas (verano del año 216).

No obstante, el relajamiento que supuso la retirada de Aníbal a Capua, unido a los sucesivos reveses y derrotas sufridos por los cartagineses tanto en territorio siciliano como hispano, iban a conducir progresivamente al final de la aventura del general cartaginés en Italia.

Se inicia a partir de entonces, una etapa de calamidades y adversidades para Cartago, que iban a desembocar en la destrucción de la pro-

pia ciudad (pp. 357-383). Previamente al enfrentamiento entre Aníbal y Escipión el Africano aparecen en el horizonte de Cartago los príncipes nómadas, que no se van a resignar a ser meros comparsas o espectadores en el conflicto (Masinisa, Sifax...).

La batalla de Zama pondría fin al segundo gran conflicto entre romanos y cartagineses, a pesar de que Aníbal, incluso en el destierro, continuaría enfrentándose de una manera o de otra a sus vencedores. A su muerte (año 195) todavía iba a gozar Cartago de una etapa de prosperidad, como parece corroborarlo la cerámica tardopúnica.

Esta situación provocaría recelos entre los senadores romanos partidarios de una guerra preventiva contra Cartago, por lo que su máximo representante, Catón el Viejo, pronunciaría la tan conocida frase "*delenda est Carthago*", que implicaba la necesidad de reducir a cenizas la capital del Imperio enemigo. Se desarrollaría así el asedio de las murallas de la ciudad, que, tras la llegada de Escipión Emiliano, conduciría a la destrucción definitiva de la misma en la primavera del año 146.

A pesar de todo no acaba ahí la historia de Cartago, sino que se produciría una supervivencia a todos los niveles de lo que había supuesto la organización púnica (pp. 384-392): en los años siguientes el legado cartaginés encontraría su expresión en la pervivencia institucional y religiosa, campo este último en el que destaca el paso de las funciones de Baal-Hammón a las del Saturno africano. Junto a ello no debemos olvidar la supervivencia de la lengua púnica (el neopúnico), de manera especial en el ambiente rural a lo largo de los siglos antiguos.

El autor finaliza su exposición con la indicación de los principales hitos que supone el renacimiento arqueológicos de Cartago a partir del siglo XVIII, incluyendo la presencia de Flaubert, antes de la publicación de su *Salambó*, en la ciudad, así como los inicios de la investigación científica propiamente dicha a partir de los años finales de la centuria siguiente.

Un cuadro cronológico (pp. 400-402), junto con una selección bibliográfica a base de las obras mencionadas en el texto (pp. 403-414) (como complemento eficaz se remite al *Dictionnaire de la civilisation phénicienne et punique*, Éditions Brepols, París 1992) y dos índices, uno alfabético (pp. 415-420) y otro de figuras (pp. 421-429), completan esta obra tan documentada, tanto desde el punto de vista de las fuentes escritas antiguas (literarias y epigráficas) como de los últimos resultados de la investigación arqueológica.

El tema desarrollado se describe con un interés evidente (común a muchos otros investigadores); sin embargo en nuestro caso los dos centenares y medio de mapas y figuras contribuyen a una comprensión excepcional del significado de Cartago como Imperio político y económico anclado en el Mediterráneo centro-occidental durante más de 4 siglos.

Narciso Santos Yanguas

JOSE MANUEL ROLDAN HERVAS. *El imperialismo romano. Roma y la conquista del mundo mediterráneo (264-133 A.C.)*, Editorial Síntesis, Madrid, 1994, 240 páginas, 12 figuras.

Este nuevo volumen del catedrático de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, se centra en un marco temporal muy concreto, desde la primera guerra púnica (264 a. C. ) a la concatenación de hechos que desembocaron en la crisis de la República a partir del año 133 a. C , así como en un ámbito espacial definido por el desarrollo de una serie de acontecimientos históricos que originaron el dominio de Roma sobre el mundo mediterráneo. El tema central de este libro ya había sido tratado por el autor en su *Historia de Roma. I: La República romana*. 3ª edición, Madrid, 1991. En esta ocasión, retoma la línea de investigación y teorías ya entonces apuntadas, elaborando una síntesis global producto de una extensa reflexión basada en un análisis perfectamente documentado.

En la introducción (pp. 11-17) plantea la problemática del imperialismo, su origen y las causas del mismo. Para el discernimiento histórico considera que se debe de descartar el concepto leninista de imperialismo, siendo más apropiado partir de las realidades políticas que surgen y se desarrollan en Europa a partir del siglo XIX bajo la forma de colonialismo. Inherente al principio de imperialismo establece que, "es la voluntad de extensión, sin límites fronterizos precisos, de un estado mediante el uso de la fuerza, con el propósito de una política de expansión económica, étnica y política, que permita incorporar, aun contra su voluntad, a otros grupos de población, territorios o sistemas económicos ajenos a dicho estado". Coincidiendo con la definición expuesta por Werner en el sentido de que el imperialismo es "una disposición consciente y programática de un estado a una política expansiva, basada en causas complejas